

RICHARD SANDERS

Los señores de las esmeraldas

La región de las esmeraldas de Colombia es un mundo singular, medieval, aislada en las montañas y gobernada por las pistolas.

Un minero surge de la boca de un túnel, doblado en dos bajo un saco de tierra. Se acerca tambaleándose hasta el barranco y rompe el saco, vertiendo la tierra al arroyo que pasa debajo. Al momento, el lodo desaparece bajo un enjambre de delgadas figuras que escarban en él con los dedos.

Es la mina de esmeraldas de Coscuez, y se ha corrido la voz de que se ha encontrado una nueva veta. Entre los desechos hurgan personas llegadas desde varios kilómetros a la redonda. Los residuos que se tiran desde la entrada de la mina se convierten de pronto en polvo de oro y unos pedacitos de esmeralda podrían ser la diferencia entre comer y morir de hambre.

A menos de un kilómetro y medio de distancia, en una colina situada sobre la mina, se ve la figura regordeta de Don Pablo Elías Delgadillo, propietario de Coscuez. Los guardias haraganean despreocupados en los alrededores. Sentada a su lado, una joven rubia se pinta las uñas. “Dentro de la mina hay una gran riqueza”, suspira filosóficamente Don Pablo, “pero fuera hay una gran pobreza”.

Enclavada en los Andes septentrionales, a 150 kilómetros al norte de Bogotá, esta es la principal región productora de esmeraldas del mundo, de donde se obtienen dos tercios de la producción mundial. El viaje al rostro de la esmeralda, en Coscuez, que produce la mitad de las joyas de la región, es una batalla contra la claustrofobia y el vértigo. El agua corre entre los pies mientras nos deslizamos por kilómetros de estrechos túneles. Grasientas escaleras de 35 metros se hunden en la oscuridad. Al final del último túnel está Pedro, jadeando en el aire fétido mientras perfora la roca.

“La verdad es que no cobramos un salario”, dice. “Si aparecen esmeraldas, nos dan una bonificación, nos dan una parte de las esmeraldas. Y cogemos del suelo lo que podemos. Pero si no hay producción... bueno, es duro”. Ese día, aparecieron las vetas blancas de la esmeralda, pero las esmeraldas se mostraban esquivas.

Es una situación en la que los propietarios nunca pierden, pero para los que escarban entre los desechos de fuera —los gUAQUEROS— hasta esto parece un pri-

Richard Sanders es periodista y productor de televisión. Trabajó en Colombia en 1995 y 1996 y presentó el documental del Canal 4 *Escobar's Own Goal*, sobre el asesinato del futbolista Andrés Escobar.

Traducción: Berna Wang

Esta es la frontera salvaje del país más violento de la tierra y casi todos van armados.

vilegio. Abundan las historias sobre familias que han entregado a una hija al propietario de la mina a cambio de un trabajo bajo tierra. El acceso lo es todo. Por la noche, los gUAQUEROS buscan pozos ocultos, algunos excavados hace cientos de años por los indios, y entran en los túneles principales.

Rubén trabaja como guardia en la mina. “La semana pasada, uno de mis compañeros estaba de servicio cuando oyó un ruido en uno de los túneles. Corrió hacia allí y alguien le puso una pistola en la nuca. ‘Por favor, tengo mujer e hijos’, dijo. Así que le dejaron ir. Tuvo suerte”. Muchas veces, por la noche, se escuchan disparos en los pozos de la mina. A veces hay peleas. “Puede que un par de mineros encuentren una gran esmeralda”, continúa Rubén. “Acuerdan dividirla, pero entonces, cuando caminan hacia la superficie, uno de ellos muere en un misterioso desprendimiento de rocas. El otro sale ileso”. Se encoge de hombros.

Esta es la frontera salvaje del país más violento de la tierra y casi todos van armados. Muchos huyen de la ley y sólo el imponente poder de los propietarios de las minas —los patrones— mantiene la paz. “Es así”, explica Jaime, compañero de Rubén. “Cada patrón tiene su grupo de gente y tú tienes que responder ante tu patrón de lo que haces. Se mata a los extraños, no se hacen preguntas”, dice.

Al amanecer, en medio de la llovizna, tropiezo con un cadáver. El hombre había muerto en un tiroteo unas horas antes. Su compañero de parranda lo había vestido con sus mejores ropas y lo había dejado sobre un par de cajones de cerveza para un velatorio improvisado. Cuando me marchaba, fui rodeado por un grupo de hombres armados que querían saber por qué estaba allí. Expliqué que era un invitado de Don Pablo, pero uno de los hombres me interrumpió. Dijo: “Don Pablo es el jefe en la colina. Aquí el que manda es Don Martín”, señalando con el pulgar a una figura con poncho y bigote. Había cruzado la línea invisible que divide los feudos de la esmeralda. Sólo me dejaron partir cuando convencí a Don Martín de que no estaba investigando la muerte. “Eso es cosa mía”, dijo.

Con su estricta jerarquía y su código de honor, el negocio de la esmeralda es un reflejo del oculto mundo de los carteles de la droga y se sospecha que varios patrones tienen vínculos con el narcotráfico. También se cree que son algunos de los jefes paramilitares más poderosos, que crean ejércitos privados para combatir a los movimientos guerrilleros. En la cúspide está Víctor Carranza, que según la revista *Forbes*, es uno de los hombres más ricos del mundo. Como la mayoría de los patrones, Carranza es de origen humilde y su vida sirve de inspiración para todos los gUAQUEROS. Se decía que, si Carranza permaneciera el tiempo suficiente en la Plaza Bolívar de Bogotá, aparecerían esmeraldas. Se había abierto camino hasta el cúspide de la pirámide de la esmeralda en los años ochenta. Cuando, hace diez años, trataron de introducirse en el sector los narcotraficantes de Medellín, Carranza dirigió la resistencia. Murieron alrededor de 5.000 personas en la que no es más que la guerra más reciente de una serie de guerras de la esmeralda. Entre las víctimas había mineros, gUAQUEROS, guardaespaldas y paramilitares.

Hoy Carranza está en prisión, acusado de organizar grupos paramilitares. Don Pablo representa sus intereses en el país de la esmeralda y, por tanto, ahora es el “jefe de los jefes” de hecho. Pero es más inteligente como para usurpar la autoridad de su jefe. “Aunque está en la cárcel, Don Víctor es insustituible. Es un

hombre sabio, un hombre a quien pedimos consejo”, dice. “Es como un padre para nosotros”.

“Los problemas de Don Víctor son más políticos que judiciales”, me dice. “Hay mucha presión internacional, especialmente de las ONG de derechos humanos”. Confía en que Don Víctor será puesto en libertad pronto y probablemente está en lo cierto. La fiscalía está haciendo esfuerzos desesperados para mantener en secreto la identidad del único testigo contra Carranza, pero pocos apostarían por su supervivencia para testificar.

Don Pablo presenta su propio poder como una carga. “Dirijo la compañía, pero también tengo que atender al 90% de los problemas sociales, económicos, familiares y morales que surgen. Soy alcalde, juez, todo”. Viendo a los gUAQUEROS metidos en el agua hasta la rodilla, cribando el barro de la entrada de la mina, es imposible saber si estas emociones son recíprocas, tal es la pobreza de la gente. Todos viven con la esperanza de un descubrimiento casual que transforme sus vidas.

“Así es la vida de la mina”, dice Pedro con indiferencia, levantando su taladro una vez más hasta la cara de la esmeralda. “Nadie te obliga a trabajar aquí”.